

Santa Catalina de Siena, doctora de la Iglesia (29 de abril)

Noticia de su vida



Catalina Benincasa, nacida en Siena en 1347 de una familia de artesanos, a los quince años se hizo terciaria dominica en el siglo, en las Hermanas de la Penitencia, atraída, entre otras cosas, por la actividad caritativa de las piadosas mujeres, y así evitar el matrimonio concertado por su madre. Más tarde reunió a una pequeña familia espiritual de amigos (el año 1377 fundó en su ciudad un convento, en el cual permaneció, sin embargo, poco tiempo), empezando a ejercer una actividad político-religiosa inspirada, como señala E. Lodi, en un programa audaz: nada menos que la reforma de la Iglesia a base de corregir a sus ministros por el excesivo lujo, la simonía y la corrupción; restablecer a la Santa Sede en Roma, ciudad medio muerta, ya que desde 1309 la corte papal se había trasladado a Aviñón, y organizar una cruzada contra los infieles para reconciliar a los cristianos separados de Occidente (tras la caída de Akkon en 1291). Hubo de defenderse en el capítulo general de la Orden dominicana, celebrado en Florencia en mayo de 1374, por esta actividad de peregrina (continúa en los últimos diez años); por eso será sometida al control y dirección de su confesor, Raimundo de Capua. Pese a los esfuerzos, los resultados de su acción fueron aparentemente escasos. Murió en la soledad en Roma, en un éxtasis de amor, después de ocho semanas de fuertes dolores y tentaciones diabólicas, el 29 de abril de 1380. Fue canonizada en 1461.

Muestra de su magisterio espiritual

Tú, Trinidad eterna, eres como un mar profundo en el que cuanto más busco, más encuentro, y cuanto más encuentro, más te busco. Tú sacias al alma de una manera en cierto modo insaciable, pues en tu insondable profundidad sacias al alma de tal forma que siempre queda hambrienta y sedienta de ti, Trinidad eterna, con el deseo ansioso de verte a ti, la luz, en tu misma luz. Con la luz de la inteligencia gusté y vi en tu luz tu abismo, eterna Trinidad, y la hermosura de tu criatura, pues, revistiéndome yo misma de ti, vi que sería imagen tuya, ya que tú, Padre eterno, me haces partícipe de tu poder y de tu sabiduría, sabiduría que es propia de tu Hijo unigénito. Y el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, me ha dado la voluntad que me hace capaz para el amor.

Tú, Trinidad eterna, eres el Hacedor y yo la hechura, por lo que, iluminada por ti, conocí, en la recreación que de mí hiciste por medio de la sangre de tu Hijo unigénito, que estás amoroso de la belleza de tu hechura. Tú, el vestido que cubre mi desnudez; tú nos alimentas a nosotros, que estábamos hambrientos, con tu dulzura, tú que eres la dulzura sin amargor, ¡oh Trinidad eterna! (De su obra *Diálogo de la Divina Providencia*)

Elogio de Papa Pablo VI, al proclamarla Doctora de la Iglesia, el 4 de octubre de 1970

«Su doctrina no fue adquirida; hay que considerarla como maestra antes que como discípula»; así declaró el mismo Pío II en la bula de canonización. Y, ciertamente, ¡cuántos rayos de sabiduría sobrehumana, cuántas urgentes llamadas a la imitación de Cristo en todos los misterios de su vida y de su Pasión, cuántos eficaces consejos para el ejercicio de la virtudes propias para los diversos estados de vida se encuentran esparcidos en las obras de la Santa! Sus Cartas son otras tantas chispas de un fuego misterioso, encendido en su corazón ardiente por el Amor infinito que es el Espíritu Santo.

¿Cuáles son las líneas características y los temas dominantes de su magisterio ascético y místico?. Nos parece que, a imitación del glorioso Pablo, del que toma incluso el estilo robusto e impetuoso, Catalina es la mística del Verbo Encarnado y, sobre todo, de Cristo crucificado. Catalina de Siena fue la pregonera de la virtud redentora de la sangre adorable del Hijo de Dios, derramada sobre el leño de la cruz con amor desbordante para la salvación de todas las

generaciones humanas. La Santa veía fluir continuamente esta sangre del Salvador en el sacrificio de la Misa y en los Sacramentos, por medio de la acción ministerial de los ministros sagrados, para purificación y embellecimiento de todo el Cuerpo Místico de Cristo. Por lo cual podemos llamar a Catalina la mística del cuerpo místico de Cristo, es decir, de la Iglesia.

No contenta con haber desarrollado un intenso y vastísimo magisterio de verdad y bondad con su palabra y sus escritos, Catalina, quiso sellarlos con la ofrenda final de su vida al Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, en la edad todavía joven de treinta y tres años. Desde su lecho de muerte, rodeada de sus fieles discípulos en una celda junto a la Iglesia de santa María sopra Minerva, en Roma, dirigió al Señor esta conmovedora oración, verdadero testamento de fe y de agradecido y ardiente amor: «*Dios eterno, recibe el sacrificio de mi vida a favor del Cuerpo místico de la santa Iglesia. No tengo otra cosa que darte si no es lo que tú me has dado a mí. Toma mi corazón y estrújalo sobre la faz de esta esposa*»